NEW LEFT REVIEW 158

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2026

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN — La guerra del Golfo de Trump — 9

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER — ¿Más allá del neoliberalismo? — 29

NANCY FRASER — Gaza como acontecimiento mundial — 57

ENTREVISTA

RICHARD OVERY & TOM STEVENSON — Repensar la Segunda Guerra Mundial — 75

ARTÍCULOS

LOÏC WACQUANT — Contra el abolicionismo — 111

MARCUS VERHAGEN — El arte de la contramemoria — 133

CRÍTICA

SEBASTIAN VEG — Tres perspectivas sobre Hong Kong — 145

THOMAS MEANEY — Las promesas de Occidente — 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

Ming-sho Ho, *Be Water: Collective Improvisation in Hong Kong's Anti-Extradition Protests*, Filadelfia, Temple University Press, 2025, 258 pp.

Ching Kwan Lee, *Forever Hong Kong: A Global City's Decolonization Struggle*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2025, 344 pp.

Edmund Cheng y Samson Yuen, *The Making of Leaderful Mobilization: Power and Contention in Hong Kong*, Cambridge, Cambridge University Press, 2025, 310 pp.

Sebastian Veg

TRES MIRADAS SOBRE HONG KONG

En 2019, Hong Kong fue testigo de un movimiento social sin precedentes en el territorio, tanto por su magnitud como por su extensión geográfica. Durante unos seis meses, de junio a diciembre, se produjeron protestas masivas en los dieciocho distritos de la región. Provocadas inicialmente por el proyecto de ley de extradición propuesto por el gobierno de Hong Kong, que habría permitido el traslado de sospechosos a China continental, las manifestaciones se convirtieron en un levantamiento ciudadano que reclamaba medidas democratizadoras. En una encuesta realizada en mayo de 2020 por la Universidad China de Hong Kong, más del 45 por 100 de los residentes encuestados afirmaron haber participado en al menos una protesta, lo que sugeriría que más de 3 millones de los 7 millones de habitantes de la región se vieron involucrados. A pesar de estas cifras masivas, las víctimas mortales fueron escasas: una persona murió a causa de las lesiones infligidas por los manifestantes; la muerte de un activista se ha atribuido a una persecución policial, y un pequeño número de otras muertes, a suicidios.

El movimiento de 2019 logró detener el proyecto de ley de extradición. Pero también desencadenó una feroz reacción política que ha transformado por completo el modo de gobernar en el territorio. Las autoridades de Hong Kong y Pekín iniciaron una serie de acciones judiciales contra los manifestantes, utilizando la legislación vigente –con cargos de disturbios, reunión no autorizada y sedición– así como la nueva Ley de Seguridad Nacional aprobada por la Asamblea Popular Nacional de la República Popular China en

mayo de 2020, respaldada por una Ordenanza de Seguridad Nacional local promulgada en 2024. Una oleada de procesos judiciales en virtud de estas últimas leyes se dirigió contra la oposición política, los medios de comunicación y las organizaciones cívicas, acusados de representar un peligro para la seguridad nacional. Según un informe de 2024 publicado por *Hong Kong Free Press*, 10.279 personas han sido detenidas, incluidas 1.754 menores de dieciocho años, y 2.961 han sido procesadas; más de 7.000 casos permanecen en un limbo judicial después de que el jefe de la Oficina de Seguridad desestimara en 2023 una propuesta de prescripción.

Se abrieron procesos emblemáticos contra los «47 de Hong Kong», activistas que organizaron elecciones primarias no autorizadas para el bando pandemocrático en 2020, así como contra los editores del sitio web *Stand News*, el magnate de los medios Jimmy Lai y su tabloide, *Apple Daily*, y los organizadores de las vigilias anuales de Tiananmen. Mientras tanto, un gran número de asociaciones de la sociedad civil han optado por disolverse voluntariamente, y muchas afirman haber sufrido «presiones». Algunas de las instituciones clave de Hong Kong –entre ellas el Consejo Legislativo y el sistema de juicio con jurado– han sido reestructuradas. Aunque es difícil obtener cifras, el economista Sung Yun-wing estima que entre 2021 y 2024 unos 300.000 residentes de Hong Kong se reasentaron en el extranjero. A modo de comparación, las protestas de Hong Kong de 1967 contra el dominio británico duraron más o menos lo mismo, de mayo a diciembre, con un número mayor de víctimas, incluidas 51 muertes. Sin embargo, movilizaron a menos manifestantes, se extendieron menos y solo provocaron la mitad de detenciones. En mayo de 1973, el gobierno colonial acordó liberar a los presos restantes como parte del establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre el Reino Unido y la República Popular China.

Tres estudios recientes realizados por académicos con sede, respectivamente, en Taiwán, Estados Unidos y Hong Kong, arrojan nueva luz sobre estos acontecimientos. *Be Water* –titulado así por el eslogan característico del movimiento–, del sociólogo político taiwanés Ming-sho Ho, presenta una cronología extensa de las protestas –desde febrero de 2019 hasta junio de 2020– pero enmarcada en un periodo contextual relativamente breve, que comienza en 2015. La detallada investigación de Ho se basa en un conjunto de datos único sobre los actos de protesta extraído de fuentes públicas, así como en numerosas entrevistas en profundidad. De las 1770 protestas que cataloga, concluye que el 63 por 100 no contó con ningún patrocinador u organizador oficial. Dieciocho de ellas reunieron a más de 100.000 participantes. Ho distingue entre actos pacíficos, perturbadores y violentos, que representan respectivamente el 65 por 100, el 28 por 100 y el 6 por 100 de las protestas que registra. Se muestra que los actos pacíficos predominaron inicialmente, mientras que los perturbadores y luego los violentos

aparecieron después. La distinción es útil, aunque su aplicación por parte de Ho es discutible: resulta un tanto sorprendente, por ejemplo, que en la tabla de eventos de Ho ni el asedio del Consejo Legislativo del 12 de junio de 2019, que retrasó la segunda lectura del proyecto de ley, ni la ocupación (y la vandalización) del complejo del Consejo Legislativo del 1 de julio estén clasificados como violentos.

El estudio anterior de Ho, *Challenging Beijing's Mandate of Heaven* (2019), una comparación entre el movimiento de los Girasoles de Taiwán y el de los Paraguas de Hong Kong en 2014, se basaba en la teoría de la oportunidad política, un marco sociológico que pone de relieve el contexto institucional en el que operan los movimientos. *Be Water*, por el contrario, hace hincapié en las amenazas más que en las oportunidades y en el papel de la agencia humana por encima de las estructuras. La caracterización que Ho hace del movimiento no se centra, en última instancia, en la organización (Charles Tilly), ni se basa en teorías de activismo espontáneo sin líderes, que en otras manos tienden a apoyarse en gran medida en la tecnología (Clay Shirky) o en el populismo romántico (David Graeber). En su lugar, basándose en la sociología «accionalista» de Alain Touraine y en la concepción de «creatividad ingeniosa» de James Jasper, describe la toma de decisiones del movimiento como una improvisación colectiva, que define como un conjunto de «respuestas estratégicas generadas por los propios participantes sin planificación previa». Ho ve esto reflejado en el eslogan «Sé como el agua» y explica cómo se basaba en un fuerte sentido de solidaridad, plasmado en otros lemas como «Los hermanos escalan la montaña juntos» y «No delatar y no romper filas». Un repertorio compartido de sentimientos, experiencias e impulsos –indignación, rebeldía, sufrimiento y altruismo– ayudó a definir esta nueva colectividad de «camaradas» (*saujuk*, literalmente «manos y pies»), y produce lo que él denomina una «representación de la comunidad».

De acuerdo con el análisis de Ho, la escalada del movimiento fue principalmente retórica. El eslogan «Liberad Hong Kong, la revolución de nuestro tiempo» se adoptó porque era desafiante, más que porque el movimiento abogara por la independencia; las protestas violentas siguieron siendo marginales y las reivindicaciones concretas no fueron más allá de las cinco demandas originales, a saber: la retirada del proyecto de ley de extradición; la eliminación de la calificación de «disturbios» para las protestas; la liberación y el sobreseimiento de los cargos contra los manifestantes detenidos; una investigación independiente sobre la brutalidad policial; y el avance hacia el sufragio universal. Tras el estancamiento del impulso inicial, Ho demuestra cómo el movimiento se mantuvo gracias a una serie de innovaciones tácticas, entre ellas la movilización económica (boicots y *buycotts* para promover la «economía amarilla») y el fomento de la solidaridad internacional,

aunque también dependía de «microfundamentos de apoyo» integrados en redes tanto en línea como fuera de línea.

En última instancia, Ho observa que la improvisación colectiva no es inmune a las «malas ideas» ni infinitamente ingeniosa y, por lo tanto, rara vez es capaz de superar una respuesta estatal unificada. No obstante, insiste en que los hongkoneses «reinventaron» la protesta en 2019 al basar su activismo en un sentimiento de indignación moral. Esto condujo a lo que él denomina una «búsqueda de la autenticidad» en las protestas, que también se observa en otros movimientos recientes en Tailandia, Birmania e Irán, así como en Estados Unidos (Black Lives Matter) y China (el movimiento de los Folios en Blanco). Sin duda, hay indicios que respaldan su afirmación de que la dimensión «posmaterialista» del movimiento ha tenido un impacto duradero. A pesar de un aparente retorno a valores más materialistas en Hong Kong tras la reacción contra la ley de seguridad nacional de 2020, la investigación cualitativa de Francis Lee muestra que esto puede limitarse a los objetivos sociales, mientras que las aspiraciones personales de autorrealización siguen siendo fuertes.

Ching Kwan Lee, socióloga nacida en Hong Kong y docente de la University of California, Los Ángeles (UCLA), es conocida sobre todo por sus estudios etnográficos de la clase obrera de China continental, entre los que destaca la obra de referencia *Against the Law* (2007). En *Forever Hong Kong*, critica los trabajos anteriores en el ámbito de los estudios sobre movimientos sociales por heredar un punto ciego teórico en lo que respecta a los «sujetos de la acción colectiva y su orientación política». Lee fue observadora participante en las manifestaciones callejeras entre junio de 2019 y mayo de 2020 y se basa en numerosas entrevistas en profundidad con activistas. Su estudio analiza el movimiento desde la perspectiva más amplia de la descolonización, presentándolo como la culminación de una lucha más prolongada por la autodeterminación en Hong Kong. Partiendo del análisis de Law Wing Sang, en *Collaborative Colonial Power* (2009), sobre cómo la colaboración sino-británica produjo y reprodujo el dominio colonial en Hong Kong, Lee describe cómo las estructuras de esta «doble colonialidad» perduraron después de que el nuevo soberano tomara el relevo, sin solución de continuidad, en 1997. Su libro presenta el argumento original y convincente de que las protestas de 2019 desmontaron efectivamente los cuatro «mitos fundacionales» de este doble colonialismo, que ella define como: la deseabilidad incondicional de la estabilidad y la prosperidad; la neutralidad del Estado de derecho, la promesa de una utopía de libre mercado, y la idea de que China es el destino de Hong Kong.

Si la estructura colonial no cambió fundamentalmente después de 1997, ¿por qué los hongkoneses dejaron de aceptar de repente el «gobierno por consentimiento» que habían tolerado antes? Lee ofrece una serie de factores

estructurales como explicación. El consenso social del «interregno» de 1997-2017, cuando el antiguo amo colonial se había marchado pero el nuevo aún no había consolidado su poder, se rompió primero por la inestabilidad capitalista –la crisis financiera asiática, el colapso inmobiliario, la crisis de las hipotecas *subprime*– y, posteriormente, por la creciente presión de China para acelerar los preparativos de la plena integración en el sistema de la República Popular China para 2047 (en particular, mediante la penetración del capital estatal en las empresas y el reclutamiento clientelista de la población de clase obrera por parte de los grupos del Frente Unido). La inminente fecha límite de 2047 creó una sensación de crisis existencial entre las cohortes más jóvenes, nacidas alrededor de 1997. A estos factores económicos y generacionales se sumó la coyuntura geopolítica, en la que las crecientes tensiones entre China y Estados Unidos generaron lo que Lee denomina «autoridad moral» para los manifestantes.

Forever Hong Kong cobra vida gracias a las extensas citas de las entrevistas de Lee con los participantes. Se hace hincapié en sus motivaciones, más que en los mecanismos de movilización. Como deja claro su investigación, una multiplicidad de agendas convergió en torno a lo que se percibía como la «amenaza china»: además de los jóvenes que temían la pérdida de libertades después de 2047, los profesionales de clase media se sentían bloqueados en sus carreras por los directivos del continente, mientras que las amas de casa y los inmigrantes recién llegados se sentían inspirados por los manifestantes y simpatizaban con ellos. En el análisis de Lee, la solidaridad también desempeña un papel importante:

> Si bien la generación poscolonial que encabezó todas las protestas anteriores a 2019 era una minoría apasionada, el movimiento contra la extradición de 2019 había logrado la hazaña histórica de inspirar a la mayoría pragmática a unirse a la resistencia [...]. Muchos manifestantes, especialmente los más jóvenes, comenzaron como participantes accidentales con intenciones políticas solo vagas. Pero a través de la acción en las protestas masivas, renacieron como sujetos políticos, y Hong Kong se convirtió en una «comunidad política en acción», una fuerza tangible y visible con verdadera eficacia política. Como señaló Fanon en su famosa frase: «La "cosa" colonizada se hace hombre en el proceso mismo por el cual se libera».

Aunque no deja de señalar que hubo ejemplos de «solidaridad coercitiva», la dinámica general que retrata Lee es de empatía y conexión. La violencia del Estado contra los manifestantes sirvió para reforzar los lazos entre activistas y simpatizantes. En un capítulo, Lee detalla las diversas dimensiones de esta violencia, que abarca no solo la fuerza policial, sino también la represión económica y la dominación institucional apenas disimuladas bajo formas legales. Explica cómo esto dio lugar a una dinámica tanto de escalada como de desescalada. Tras la ocupación de dos universidades a finales de

noviembre de 2019, por ejemplo, los participantes buscaron cada vez más alejar la lucha de las calles y centrarla en cambio en acciones económicas (boicot/*buycott*), nuevos sindicatos y campañas electorales, aprovechando el éxito arrollador de los partidos de la oposición en las elecciones distritales de noviembre.

Lo que queda menos claro en el análisis de Lee es hasta qué punto esta solidaridad se inspiró directamente en las ideas de la descolonización. El argumento desarrollado es que la «reflexividad», que en este contexto entiendo como una forma de autoconciencia como comunidad, fue clave para establecer una subjetividad colectiva que empoderó a los manifestantes para desmontar los cuatro mitos coloniales y persuadir a la «mayoría pragmática» de que se uniera a ellos. Aunque este marco es convincente –y el movimiento fue sin duda capaz de movilizar un amplio apoyo–, como señala la propia Lee, las motivaciones para sumarse a las protestas fueron múltiples y difusas. La solidaridad con los manifestantes no se tradujo necesariamente en una agenda ideológica. Las encuestas indicaron sistemáticamente un escaso apoyo a la independencia de Hong Kong, incluso en el momento álgido del movimiento. Por supuesto, no todos los movimientos de descolonización tienen como objetivo la construcción de una nación, como ha demostrado el africanista Frederick Cooper. No obstante, aunque el marco es atractivo y la capacidad del movimiento para atraer apoyo es innegable, se necesitaría más investigación para precisar la relación específica de las protestas con la descolonización.

El tercer libro, *The Making of Leaderful Mobilization*, está escrito por dos politólogos afincados en Hong Kong. Edmund Cheng y Samson Yuen emplean las herramientas teóricas de su disciplina para profundizar en las cuestiones planteadas por *Be Water* y *Forever Hong Kong*. Su libro es una construcción conceptual pulida, respaldada por una variedad de datos extraídos de encuestas *in situ* del movimiento, observación etnográfica, sondeos de opinión y entrevistas, así como de las redes sociales. Al igual que Ho, Cheng y Yuen expresan escepticismo sobre la teoría de la oportunidad política, argumentando que su utilidad es limitada en contextos autoritarios, donde las amenazas suelen explicar mejor la movilización. El proyecto de ley de extradición representó una convergencia de amenazas estructurales y contingentes: la erosión en curso de la autonomía de Hong Kong a través de una mayor intervención del gobierno central chocó con el peligro inmediato que introducía la legislación. Pero, como sostienen Cheng y Yuen, para desencadenar movilizaciones, las amenazas del Estado deben ser mediadas, interpretadas y enmarcadas. De acuerdo con su análisis, la presentación del proyecto de ley como una amenaza existencial para Hong Kong, resumida en el eslogan «*faan sung zung*» –«Oponerse al envío a

China» / «Oponerse a preparar el funeral»– fue crucial para «sincronizar» las reivindicaciones de muchos grupos dispares.

Al igual que en el libro de Lee, el movimiento se sitúa en el panorama más amplio del desarrollo sociopolítico de Hong Kong, aunque en términos diferentes. En el análisis de Cheng y Yuen, Hong Kong funcionó como una «oligarquía liberal» tanto antes como después de 1997. Con el traspaso de la soberanía, la coalición gobernante, compuesta por el Estado-partido, la función pública local y las elites empresariales, logró un equilibrio entre la lealtad a la soberanía nacional, la eficiencia administrativa y los intereses empresariales. Una oposición democrática institucionalizada se había ido consolidando gradualmente en la era colonial tardía; debido al cambio generacional y a la turbulencia económica, este sector comenzó a articular nuevas reivindicaciones justo cuando Pekín avanzaba en sus medidas de «construcción del Estado y la nación», añadiendo el reclutamiento clientelista de asalariados a su repertorio de cooptación de las elites. Cheng y Yuen consideran que la fuerza y la unidad crecientes de la oposición son decisivas para determinar las formas de las sucesivas movilizaciones de Hong Kong. Exponen el siguiente ciclo: una oposición fuerte y unida produjo la «movilización negociada» de 2003; una oposición fuerte pero desunida dio lugar a la «movilización faccional» de 2010; una oposición débil y desunida dio lugar a la movilización «fragmentada» de 2014; y, por último, una oposición fuerte pero desunida produjo el movimiento «de liderazgo múltiple» de 2019.

El concepto de «movilización de liderazgo múltiple» es crucial para su caracterización del movimiento contra la extradición, distinguiéndolo de los ciclos anteriores. A pesar de la aparente ausencia de líderes, las tareas de coordinación, logística, deliberación táctica, así como la fijación de la agenda y la toma de decisiones, no fueron «espontáneas» ni improvisadas, sino que se basaron en densas redes y coordinadores intermedios. Las organizaciones tradicionales de movimientos sociales desempeñaron un papel, al igual que las redes sociales. El libro ofrece una imagen detallada de cómo se formaron las redes entre grupos religiosos, profesionales médicos y jurídicos, así como estudiantes de secundaria. Los autores sostienen que la «colaboración entre pares», que se basa en líderes informales y mecanismos de toma de decisiones, resultó crucial para sostener el movimiento. Las cinco reivindicaciones surgieron de una serie de deliberaciones colectivas en junio de 2019, más que de una estructura de toma de decisiones de elite; lo mismo ocurrió con el eslogan *laam chau*, «Ardamos juntos», y el lema «Liberad Hong Kong, la revolución de nuestro tiempo». La solidaridad entre los diferentes grupos de manifestantes se mantuvo en todo momento, sostienen, a pesar de que las movilizaciones alternaron entre marchas pacíficas organizadas (9 y 16 de junio) y protestas espontáneas violentas (12 de junio). Tras la ocupación de la cámara del Consejo Legislativo el 1 de julio,

las manifestaciones masivas fueron sustituidas en gran medida por protestas vecinales y sectoriales, en las que las redes informales y los líderes intermedios desempeñaron un papel vital. Cheng y Yuen concluyen que la radicalización táctica del movimiento, a diferencia de la estabilidad de sus reivindicaciones, fue un resultado previsible, favorecido por factores como la «escalada competitiva» entre facciones, la contramovilización y las dinámicas internas del movimiento, pero que aceleró las contramedidas del Estado.

Como sugieren estos resúmenes, existe un solapamiento significativo entre las conclusiones de los tres estudios, aunque sus énfasis difieren. Entre las causas del movimiento, Ho destaca la sensación del «final de partida» de 2047 y la indignación moral que este provocó; Cheng y Yuen subrayan la sincronización de amenazas contingentes y estructurales relacionadas con la evolución del régimen híbrido de Hong Kong; Lee destaca factores generacionales y de sistémico mundiales todavía más amplios. Los tres estudios hacen hincapié en la forma distintiva de liderazgo del movimiento, ya sea descrita como «generada por pares» o «de liderazgo múltiple», o, en palabras de Lee, «un mosaico de multitudes en el que cada pequeño punto era un centro de liderazgo y capacidad». Del mismo modo, no hay grandes discrepancias sobre el papel desempeñado por las redes sociales. Las plataformas en línea ofrecieron formas flexibles de coordinar acciones y debates, aunque de acuerdo con estos textos acabaron siendo una herramienta, si bien poderosa, más que el motor de las protestas.

Más controvertida es la relación entre los diferentes componentes del movimiento. Los tres estudios subrayan la importancia de la solidaridad, pero sus descripciones de la dinámica interna divergen. Una cuestión clave es la distinción entre manifestantes pacíficos y «marciales» (*yung mou*). Cheng y Yuen presentan un continuo de implicación, que va desde donaciones, mensajes publicados en «muros de Lennon» o la participación en manifestaciones pacíficas, hasta el activismo de «alto riesgo» que alrededor de un tercio de los participantes encuestados se declararon dispuestos a llevar a cabo. Lee, centrándose en la experiencia de los participantes de «primera línea», constata que estos consideraban la violencia como un proceso de superación del miedo y de aceptación del sacrificio, la disciplina y la obligación moral, más que como algo liberador en los términos de Fanon. Ella también destaca el entendimiento mutuo, logrado a través de debates y votaciones en línea, por el cual los activistas pacíficos no condenaban la violencia, mientras que los manifestantes violentos no radicalizaban los actos pacíficos. No queda claro hasta qué punto la contraposición entre «pacífico» y «marcial» se corresponde con la dicotomía de Lee entre una «minoría apasionada» y una «mayoría pragmática», ya que la primera se refiere a tácticas (no) violentas, mientras que la segunda presumiblemente implica ciertas visiones del mundo. El movimiento se basó en la tolerancia mutua de una

variedad de tácticas y en la convergencia en torno a las cinco reivindicaciones, pero no está tan claro que esto se sustentara en un consenso ideológico más amplio.

Una deficiencia de los tres libros es su relativa falta de atención a la respuesta inmediata del Estado. Si bien mencionan en mayor o menor medida la violencia policial, apenas distinguen entre las respectivas intervenciones de los gobiernos de Hong Kong y Pekín. Se necesita una investigación más profunda sobre las tensiones –y la competencia burocrática– entre las diferentes administraciones, sobre mensajes políticos transmitidos por diversos actores estatales y no estatales, y sobre crecientes presiones ejercidas sobre la sociedad civil. El ataque directo de los manifestantes contra la Oficina de Enlace del Gobierno Central el 21 de julio solo se menciona brevemente en estos estudios, pero sin duda fue un punto de inflexión para Pekín. Las consideraciones tácticas del gobierno de Hong Kong; la aparente ausencia de disidencia dentro de su coalición gobernante; su postura sobre la violencia policial; y el papel del gobierno central en la dirección de la respuesta: todas estas cuestiones siguen sin abordarse en gran medida.

Las tres obras llegan a conclusiones similares sobre las secuelas del movimiento, aunque con matices. Lee sostiene que Hong Kong ha entrado en un largo proceso de descolonización, cuyo resultado sigue siendo incierto. Ho lo compara con los ejemplos de los exiliados de Tiananmen, el movimiento por la democracia y la independencia de Taiwán y la larga lucha de los Estados bálticos, que finalmente tuvieron éxito. Cheng y Yuen analizan las posibles respuestas al nuevo *statu quo* en Hong Kong, ahora que ha terminado la era de la «oligarquía liberal», siguiendo las líneas sugeridas por Albert Hirschman: «salida», «voz», «lealtad» y «adaptación» son las opciones.

No es fácil ofrecer una valoración definitiva de estos estudios sobre las protestas de 2019. A escala local, las Leyes de Seguridad Nacional de 2020 y 2024, así como la reorganización del sistema electoral, marcan sin duda el fin del «periodo de transición» del retorno de Hong Kong a la soberanía china. Como señaló el economista político Ho-fung Hung, afincado en Estados Unidos (pero nacido en Hong Kong), en un estudio anterior, *City on the Edge* (2022), existen claros paralelismos entre la Declaración Conjunta Sino-Británica sobre Hong Kong y el «Acuerdo de los Diecisiete Puntos» de 1951, mediante el cual la joven República Popular China se aseguró el control sobre el Tíbet. Desde esta perspectiva, los acontecimientos de 2019 en Hong Kong reflejan la evolución del Tíbet en 1959, cuando las protestas desencadenaron una intervención militar y el fin *de facto* del periodo de autonomía. De hecho, como señala Hung, Deng Xiaoping se refirió explícitamente al acuerdo sobre el Tíbet como modelo durante las negociaciones sino-británicas.

¿Las protestas de 2019 sirvieron simplemente para acelerar un desenlace inevitable? Dependiendo de su perspectiva, los observadores se han apresurado a culpar bien a los manifestantes de la escalada de violencia; bien al gobierno de Hong Kong y concretamente a su ineficaz jefa del ejecutivo, Carrie Lam, del fracaso de las negociaciones; o bien, con más motivo, al gobierno de Pekín de reinterpretar unilateralmente los términos de los acuerdos del traspaso de la soberanía. Como señalan Cheng y Yuen, «adaptarse» a la situación actual en Hong Kong no es lo mismo que «lealtad». En las elecciones al Consejo Legislativo de 2025, la participación cayó en más de un 50 por 100 en comparación con 2019, pasando de 2,94 millones a 1,31 millones. Aunque ningún candidato prodemocrático superó la criba para participar en las elecciones bajo el nuevo sistema, el número total de votos para el bando partidario de Pekín (1,27 millones) no aumentó significativamente en comparación con las elecciones distritales de 2019. Pero aún es pronto, y los continuos esfuerzos de construcción del Estado y la nación por parte de los gobiernos central y local bien podrían someter a los votantes prodemocráticos «ocultos» a una presión cada vez mayor.

Los tres libros también ofrecen reflexiones más amplias sobre nuestro momento actual. Lee lo ve como el comienzo de un nuevo periodo de confrontación entre «el capitalismo neoliberal occidental y el capitalismo de Estado chino». Esto parece una generalización excesiva, ya que no existe una línea divisoria geográfica clara entre las democracias liberales y las autocracias, ni entre los defensores de las políticas de libre mercado y el capitalismo de Estado. Las divisiones entre los partidarios del aislacionismo y la expansión imperial parecen discurrir cada vez más dentro de cada país, ya sea China o Estados Unidos. Pocos de los numerosos conflictos que hay en todo el mundo pueden resolverse en una polarización tan clara. Cheng y Yuen, por su parte, señalan que 2019 fue un año de protestas a escala mundial, que comparan con 1848, 1968 y 1989, fechas trascendentales en la configuración del mundo contemporáneo. Las protestas de 2019 pueden haber marcado un momento de desafío generacional, pero ¿produjeron una cadena de acontecimientos interrelacionados de consecuencias comparables? Aunque las revoluciones de 1848 fueron en gran medida derrotadas, sembraron las semillas de la democracia y la autodeterminación nacional. Las protestas estudiantiles de 1968 contra el orden de posguerra desafiaron de manera decisiva las normas y jerarquías sociales. La caída del Muro de Berlín marcó el fin de la Guerra Fría y el comienzo del orden mundial actual. Si 2019 fue realmente un año así, su significado aún se nos escapa.